

**MANHATTAN BLUES: UNA IMAGINACIÓN GAMBERRA.** Exactamente en la convergencia del deseo y el terror dulce surge la obra de Pazos, como una planta artificial que crece entre los restos de una ciudad y las sobras de un bar del bajo Manhattan.

Pazos pide a las fotografías encontradas en la calle un habla, un vocabulario superior al lenguaje del arte, al discurso estético de los artistas, al pararrayos de los críticos.

Pero cuando se recogen fragmentos de una sociedad lo que surge son artefactos de una fascinación imprevisible: pequeños monstruos que poseen una vida vegetal y matérica superior a un gran monumento puesto en los jardines de las galerías.

Quien compra en las tiendas de viejo, en las de cachivaches y trastos, busca algo más que una pura catalogación de los recuerdos ajenos, busca un archivo caótico de una memoria personal herida por el tiempo.

En verdad lo que busca Pazos es un ritmo, una canción, un tango privado para que sea cantado y bailado por los demás. Es generoso este don de fragmentos, esta ofrenda, de una memoria enamorada de los retazos de su noche y de sus días; *flâneur*, paseante, peatón de las calles de Manhattan.

Cierto que el collage hecho con residuos de materiales cotidianos viene de Picasso y Braque, pero estamos en otra dimensión: Pazos no reconstruye una realidad sino que celebra una relación amorosa con aquélla.

Ebrio de la sobria sensación del arquitecto, reconstruye cielos impensables en la modernidad y que ahora son posibles gracias a los que

siguieron los pasos de Duchamp. Pazos da vida nueva a su roce sensorial y sentimental con la vida cotidiana de Nueva York.

Quiere Pazos que las huellas de la historia norteamericana queden *ajuguetadas*, con misiles, banderas, la tarjeta del Seguro Social de un vagabundo que luchó en el Vietnam (con quien tantas veces hemos escuchado viejas canciones de los años cincuenta en un bar de la calle 14), alcohólico e irlandés.

Ha preferido Pazos seleccionar esos trozos de una realidad donde el arte juega unas funciones de paisaje monumental por lo barato de sus materiales; como una comida donde se sirven falsos faisanes, frutas de plástico, pescados de las pescaderías del celuloide de Hollywood.

El brillo y la sangre, la bisutería y la fascinación de un cuerpo desnudo, ajeno e impresentable en sociedad. El latido de una noche de verano puede representarse en un collage con el mismo atractivo que tiene tomar una cerveza en el bar más tirado de Manhattan. Eso hace Pazos: se arrodilla ante lo sublime de la divina ordinariez.

Hasta que no surjan los apóstoles de lo vulgar, Pazos será el San Juan Bautista dionisiaco de una estirpe que aún no se ha manifestado lo suficiente en el panorama del arte español; aunque le amenaza el apetito devorador del poder, que lo comprende todo, que lo tolera todo, que lo compra todo.

Quiero pensar que desde sus collages se puede saltar a una imaginación gamberra, donde el ataque a la institución de lo bello y del buen gusto sea un sermón de agujas, un programa de computadora lo suficientemente desordenado como para que la silla eléctrica que nos ejecute tenga el brillo de las lentejuelas de una bailarina en un topless o un sexshop.

Dionisio Cañas  
Nueva York, 1.X.89

Dionisio Cañas es un escritor español (Tomelloso, 1949) que reside en Nueva York desde 1973. Ha publicado varios libros de poesía; el último, *El fin de las razas felices* (Hiperión, 1987). Colabora en revistas y algunos periódicos con crítica literaria y de arte. Su novela, *Bar McCarthy's*, está en espera en el purgatorio de las editoriales.